

CARLO FARNETI

HORRENDAS IMÁGENES DE SUPERSTICIÓN

La aportación poeniana de **Carlo Farneti** (1892-1961) quizás no es tan popular o conocida como la de otros ilustradores (Clarke, Rackham, Doré...), pero debe ser destacada como una de las más originales y personales. Farneti, de origen napolitano, desarrolló su carrera como ilustrador en París desde 1926. Allí ilustró las dos antologías de Edgar A. Poe que ahora nos interesan –*Histoires extraordinaires* y *Nouvelles histoires extraordinaires* (París: Kra Editeur, 1927-28)–, pero también de Émile Zola –*La Terre* (París: Javal et Bourdeaux, 1928)– y Charles Baudelaire –*Le Fleurs du mal* (París: Gibert Jeune, Librairie D'Amateurs, 1935)–, entre otros.

Algunos de sus trabajos como ilustrador, auténticas joyas de la

bibliofilia, son obra única; es decir, se encargó de “extra-ilustrar” ejemplares concretos a petición de sus poseedores. Es el caso de una copia de *Le Jardin des supplices* [*El jardín de los suplicios*] del escritor Octave Mirbeau (París: Javal and Bourdeaux, 1927) que, por encargo de un particular, Farneti extra-ilustró en 1933 con 240 dibujos a color.

Farneti, cuyo estilo se sitúa entre el Simbolismo y el Expresionismo, encuentra en la literatura decadentista francesa una excelente fuente de inspiración, en especial para su plasmación de lo terrorífico y de lo fantástico. En este sentido, su visión de la obra de Poe está marcada por la interpretación que de ella hizo Charles Baudelaire.

Ya en 1924, mientras aún residía en Nápoles y como parte de su consagración como pintor, Farneti presentó cuarenta dibujos inspirados en Poe en la exposición que llevó a cabo en la *Galleria Corona di Napoli*. No obstante, su mayor aportación fue la que ahora mostramos: 140 aguafuertes para la nueva y lujosa edición francesa que Kra Editeur publicó entre 1928 y 1929.

Farneti se sirvió de la manera negra para reforzar el carácter más terrorífico y tétrico de sus escenas. Brilla especialmente a la hora de sugerir la dualidad entre realidad y fantasía presente en los cuentos de Poe, tal y como vemos en sus tres aguafuertes para «El pozo y el péndulo». En ellos, Farneti se interesa por cómo el narrador proyecta sus terrores en la realidad circundante, que se ve alterada y transformada por su propio miedo.

Así sucede en la escena del tribunal inquisitorial, en la que la luz de las bujías asciende a través de los rostros de los inquisidores –grotescos, decadentes– hasta transformarse en macabros espectros; en la tortura del péndulo, cuya oscilación da forma a una imagen de la Muerte caracterizada por una sórdida mueca y múltiples y perturbadores ojos; y en la escena final, en la que las aterradoras pinturas de los muros parecen cobrar vida para señalar al reo qué destino le aguarda: el suicidio.

